

DEUDA DE PROXIMIDAD

EL SENTIDO Y EL SENTIR DE LA CONVIVENCIA EN HUMBERTO GIANNINI

A Luisa

Olga Grau

Universidad de Chile

ograu_2000@yahoo.com

RESUMEN

El texto se propone relacionar algunas de las cuestiones fundamentales que preocuparon al filósofo Humberto Giannini a lo largo de su trayectoria filosófica, como son las de la convivencia humana, la ética de la proximidad, la compleja experiencia con la vida ajena del otro. Intento comprender algunos planteos del filósofo elaborando el concepto de *deuda de proximidad* que hace sentido con su concepto de “deuda de ser” que Giannini tomó del pensamiento medieval y que se relaciona con sus reflexiones sobre el significado del con-vivir.

Quisiera tramar algo en este texto... intentar pensar un problema escuchando al filósofo y amigo Humberto Giannini; hacer un ejercicio reflexivo apegando el oído a su voz, tal como ésta emerge, inevitablemente, cuando uno lo lee. Escribir escuchándolo, suscitar un modo de conversación para lograr pensar *con* él, hurgando en sus textos algo que nos desafía siempre a ser pensado: la convivencia, el con-vivir. Una cierta dificultad de poder serle fiel a sus palabras estriba en la complejidad de su pensamiento en la comprensión de este problema y en el hecho de situarme -y exigirme, de alguna manera- en los bordes de su reflexión. La larga amistad con Humberto me puede disculpar tal vez de cualquier atropello o sinrazón.

Humberto Giannini destinó gran parte de su reflexión filosófica a la comprensión del con-vivir, al sentido de la existencia del prójimo, y pensó la relación de la vida cotidiana con la experiencia de estar *con* y *ante* los otros, interpelándonos de manera

radical a pensar la dimensión ética que esa experiencia tiene, en vecindad con ella. Y lo hizo desde una “ética de la proximidad”, reflexionando sobre las condiciones de posibilidad para constituir lo común, un ‘nosotros’ que, a mi juicio, pudiéramos entender y nombrar fuera de la polarización que instituyen las categorías de ‘nosotros’ y ‘ellos’; una ética que realizara, en definitiva, una *metafísica del tú*. Esa ética de la proximidad es ella misma compleja en la medida que, dice Giannini, “no es la lejanía de los otros lo que hace nuestra soledad (lo que nos asola), sino, por el contrario su cercanía” (1992, p.83) Y afirma que:

“corremos el riesgo permanente de ser inducidos a una lectura errada de los significados que parece proponernos el cuerpo significativo del prójimo. Es la proximidad siempre inestable, la lejanía que jamás se puede cubrir, el verdadero principio de esa realidad que está allí, a nuestro alcance, y que nos interesa, lo que mantiene la tensión permanente del campo”. (1992, p.84).

Pueden calibrarse los efectos que tiene para una propuesta de una ética de la proximidad, una realidad como la que señala el filósofo, en tanto es una situación inabarcable el comprender la conducta ajena,

...“ “coger el sentido” de esos movimientos que percibimos, a “leerlos”, como signos visibles, como significantes de la relación determinada en que se encuentra un hombre con algo que pasa en su mundo o con el mundo mismo” (1992, p. 42).

El sentido de los movimientos de otro sujeto al nunca ser aprehensible totalmente o incluso parcialmente, determina una zona residual en la comunicación que constituye lo real de una insoslayable distancia. El sentir al otro se modela a través del sentido del sí mismo que es el otro para sí y que supongo en la interpretación de sus gestos, palabras, acciones; sentir que cobra una significativa dimensión. Hay que destacar que el “‘estar en algo común’, el ‘vivir algo como común’“, es para Giannini, “un hecho esencialmente afectivo: el sentimiento de no estar sólo com-partiendo las mismas cosas sino participando de los mismos significados”, asunto que considera una apuesta en medio de la fragilidad del suponer que puedo conocer el “alma ajena”, en ese estar “expuestos a la decepción y la soledad” (Giannini, 2007, p. 93). Al sentido de los movimientos del otro le doy sitio en mi sentir. Mi alma sintiente se abre al sentido y al sentir del otro, del prójimo, pero en la situación paradójica de que lo que puede llegar a ser proximidad es también distancia.

Frente a esta realidad que pone en juego la acción interpretativa que comporta elementos residuales en la intención de ver, leer al otro en los signos de su cuerpo, podemos señalar también otro problema que puede llevarnos a esos bordes que me interesa pensar y que desafían la comunicación, o lo que es lo mismo, el hacer común un mundo de significados, en tanto para Giannini “Mundo es lo que vamos haciendo en común – comunicándonos-; es la obra de una comunidad” (2007, p.93). La comunicación es la posibilidad de la proximidad; comunicándonos hacemos posible la “cercanía real”, de modo que podríamos pensar la proximidad misma como límite que marca un más acá o un más allá del mismo. Giannini pensará el más acá del límite como “pérdida y confusión”, donde lo común no se halla: la comunicación, como acción propia y primaria que ocurre entre dos sujetos “es la proximidad, más acá de la cual hay solo pérdida y confusión” (2007, p.93). Al parecer, el más acá sería el espacio aun no logrado de proximidad. El más allá, podríamos decir, el haber salido del sí mismo para encontrar al otro. Ese más acá o más allá que marca el límite de la proximidad es un hito tremendamente provocador para el pensar.

Pareciera ser que uno de los problemas que persiste en la complejidad de ser comprendido es la cuestión de la separación entre unos y otros, que establece las demarcaciones del “nosotros” y el “ellos”, separación que tiene diferentes nombres en tanto expresión relativa a distintos ámbitos como son los ideológico-políticos, raciales, sexuales, culturales, religiosos, económico-sociales, entre muchísimos otros resultantes de sus entrecruzamientos. Estos definen una otredad como algo inadmisibile en el campo de nuestra experiencia, e incluso despreciable, produciéndose así una distancia radical difícil de salvar. Pero en esa expresión, del nosotros-ellos, también está implicada la separación ya no como entre clases de personas, sino como relaciones de uno a otro, el “yo” y el “ése”, una forma de situar el mí con relación a un tú, (¡Oye tú!), un tú que no se hace tal, en conformidad con el pensamiento de Giannini. El tú que se queda fuera de mi mundo, al que juzgo y desprecio, incluso aún después de haberlo apreciado, o al que le supongo intenciones que no me permiten implicarlo en mi mundo, aunque sea sólo en un presente de conflicto. Uno de los graves problemas de la convivencia humana, sabemos, es el partir de suposiciones en la interpretación de las intenciones ajenas, asunto que a Humberto le importó pensar sobremanera, en su manera fina y penetrante.

Me interesa pensar el límite, sobre y más allá del límite (en un sentido distinto al “más allá” de Humberto), el límite de la diferencia que se hace radical distanciándonos unos a otros, haciendo que volvamos el rostro para no mirar u oír a quien nos interpela fuertemente con su presencia, en cuerpo o palabra; me importa abordar el punto de ejercicio de violencia en el hecho de que no dejamos ingresar al otro en el campo del ‘nosotros’, aunque sea de modo provisorio. Violencia que instituye aquello que no tiene lugar. Un otro al que no le damos lugar a su habla, no le damos la palabra, la que, en términos de Giannini, es el modo primario y original de ser de un sujeto-ante-otro- sujeto, condición de una posible reciprocidad. Estoy pensando en la situación en la que ante la sola presencia de la manifestación corporal de un individuo se produce la acción negativa de dejarle fuera o casi fuera (la mujer con gurka, el integrante de una secta que lo hace vestirse de blanco entero, el loco que mira fija y ceñudamente, el viejo que exaspera en su lentitud, el niño autista que grita intempestivamente sin que sepamos por qué, el mendigo sucio y maloliente que abre su mano para una posible limosna, entre otras múltiples ‘figuras de la distancia’, podríamos decir). No hay reflexión del dar y recibir. La palabra no se pronuncia y no “cede iniciativa”, encapsulada en la voluntad de no hacer nada común. Giannini nos dice que el decirse algo, que también podemos entenderlo como una gestualidad de aproximación, haría posible estar recíprocamente uno ante el otro.

“En este modo de la acción –en la acción comunicativa- actuar es siempre inter-actuar: mirar y ser mirado; hablar y ceder la palabra. Este es un aspecto esencialmente ético de la reciprocidad”. (2007, p. 104)

En el límite de la clausura al otro, el ser ante otro sujeto se diluye y no hay significado de posible traspaso. Se produce ruptura transitiva y obscuridad en el sentir lo que debo o me deben los otros, produciéndose una suerte de *deuda de proximidad*. Una pregunta a plantearse sería si hay o no aquí experiencia moral, si acaso esta negatividad pudiera ser algo *anterior a o fuera de* lo que se entendería como crisis del significado, crisis que, de acuerdo al pensamiento de Giannini, es lo propio que ocurre en la experiencia moral.¹

¹ Tengamos como referencia lo siguiente: “La experiencia moral es experiencia del otro como querer distinto y eventualmente opuesto al mío. Como límite. La experiencia del otro con otro,

¿Hay, incluso, prójimo en ese cuerpo del que ni siquiera quiero interpretar sus signos, en tanto ese otro se me presenta como concentrado de todas mis suposiciones y prejuicios, donde la suposición mayor sería la de que me aparece como ser completamente zanjado, agotado en sus posible significados? El otro sujeto quedaría en la opacidad total en virtud de la pretenciosa mirada encandiladora que cree verlo todo. Me pregunto incluso por el lugar o modalidad de la ofensa en esa resistencia radical al otro, la resistencia a la acción comunicativa con el otro a través de la palabra o de cualquier gesto corporal de acercamiento. Asunto a pensarlo con más detención, en algún momento.

Me parece un reto, pensar en los bordes donde se hace imposible el reconocimiento del otro, donde ocurre la in-admisibilidad del otro en el propio campo de experiencia, un desalojo desde lo que construimos como propio, donde no se comparte un habla y el “traspaso de un mundo” de significados. Me sitúo en el lugar donde la palabra no se pronuncia a ese otro que no interesa, que dejo fuera, porque me perturba. En el pensamiento de Giannini, es en virtud de la palabra, que “el mundo propiamente humano se constituye” (2007, p.35), se da entre pares, aunque sea en el modo de la palabra que ofende. En lo que estamos examinando, la palabra acá se ausenta. No hay actos transitivos, de traspaso de significados. Se pierde el sentido común e impera el límite que, hacia adentro, hacia acá, contenedoramente, acomoda siempre lo familiar y produce menor perturbación². En el pensamiento de Giannini, la calle es el lugar donde puede aparecer la perturbación, en el encuentro evidente con ese que no soy yo, y sería el lugar, diríamos, donde también aparecen esos que no reconozco como mis próximos. En la diferencia radical que se nos interpone, quedamos ahuyentados unos respecto de los otros, privados del contacto, haciéndose indigno el diferente, ‘ése’, al que resisto.

como subjetividad, es experiencia de mi propia experiencia suscitada por el otro en cuanto límite. Y entonces, posibilidad permanente de trasgresión y conflicto. Pero también la resolución del conflicto a través de la palabra”. (Giannini, *La metafísica eres tú*, p.44).

² (En mi reflexión los sentidos del más acá y más allá se invierten respecto de los sentidos en que Giannini los establece. El más acá en él es “pérdida o confusión”, donde no hay proximidad; en mi desarrollo es familiaridad. Y el más allá en él es trascendencia; en mi sentido es diferencia radical que hace imposible cualquier proximidad).

Giannini, cuando afirma que “la convicción de que hay una experiencia común no debería inducir a nadie a suponer que en ella y por ella terminen las diferencias, conflictos y lejanías entre los sujetos” (1992, p. 73). insiste más bien en el campo de conflicto implicado en la experiencia común, “conflicto siempre renovado, un anhelo de aclaración jamás satisfecho”, el lugar donde se asienta la experiencia moral, que siempre supone el espacio civil, el espacio de “convergencia-divergencia”, un “espacio entramado por conexiones de sentido” (1992, p. 41).

Es desde esos sentidos, me parece, que queda un tanto en el borde de la experiencia moral la experiencia que no da ningún lugar al otro, donde no tiene lugar la aclaración, porque nada ha sido dicho³, donde se impone el deseo de la desaparición del otro y, donde lo que en el caso del espacio civil es conflicto, toma más bien aquí la forma de la expulsión, del pleno rechazo silente. Pienso en la extrema violencia, donde los signos propios del cuerpo del otro-otra se extinguen desde la mirada de quienes creen poseer y dominar los significados de manera absoluta, donde los cuerpos no importan, como en el caso de la tortura, de la ejecución del que no piensa como uno, de la eliminación de lo representado como enemigo, de la violencia contra el cuerpo del travesti o transexual, de las intervenciones quirúrgicas de los intersexuados que aún no pueden hablar. Me interesa pensar esa diferencia que es resistida a ultranza no dando cabida a una proximidad, donde la experiencia moral se aparta, en tanto ella es experiencia del otro.

Y aunque podríamos creer que Giannini deja en el borde de su reflexión estos asuntos, encontramos en su propia voz un lugar donde enuncia el problema y esta dificultad. Serían dos conceptos los que habría que tener en cuenta para indagar con mayor profundidad en su pensamiento de la convivencia. En un momento de la consideración de la reciprocidad como reconocimiento del otro, utiliza el concepto de “experiencia pervertida” (2007, p.90), la que se distancia de la experiencia moral que supone considerar que el otro sujeto es como yo. En este concepto podríamos encontrar una clave importante para esa profundización, en tanto trastorna e invierte los sentidos de la convivencia y podría estar señalando el punto de fuga de ésta, su imposibilidad siniestra. El otro concepto al que podríamos atender, aparece en otro de sus textos, *La experiencia moral*, al referirse a que el

³ Aunque se haya gritado e insultado, e incluso violentado el cuerpo del otro.

“ 'espacio civil' no es una categoría en sentido realista y tampoco es un invento, o una demarcación arbitraria”. Afirma: “Y a tal punto no lo es que el sin sentido, la locura o la maldad son esencialmente modo de quedar fuera del espacio civil: *conductas atópicas*”. (1992, p.74).

Estas *conductas atópicas* serían, por tanto, las conductas que no ingresan al espacio civil y que quedan, en una posible hipótesis, fuera de la consideración de la experiencia moral. Sería interesante determinar si éstas son recuperadas en algún momento, o son recuperables para pensar también allí la moral, en el límite de la convivencia, del afecto y del pensar racional.

Un ensayo de Montaigne, “Un niño monstruoso”, aborda la relación razón y costumbre y la apelación a un tipo de racionalidad que podemos verla en cercanía con la manera de concebirla Giannini, tal como queda expresada en su propio ensayo sobre Jorge Millas. Montaigne afirma que el hecho de que llamamos monstruos a aquellas figuras que nos aturden y a las que se les califica como contrarias a la naturaleza, se da porque ocurren contra la costumbre. Montaigne, frente al niño de dos cuerpos y una cabeza, apela a la razón universal que “ahuyente de nosotros el error y el aturdimiento que nos ocasiona la novedad” (Montaigne 2007, p. 1070). Giannini, por su parte, en uno de sus textos, en que ofrece una reflexión sobre la racionalidad, haciéndolo en diálogo con el ensayo de Jorge Millas, “Fundamentos de los derechos humanos”⁴, se refiere a la “racionalidad de vida”, la que rescata en tanto otorga dignidad al ser humano:

“es por esa racionalidad que proyecta, calcula y enriquece su situación en el mundo, con múltiples posibilidades y riesgos; es por ella que la experiencia se vuelve saber articulado, norma de vida, previsión, técnica, enseñanza”,

y más allá de esto, “es la fuente de su dignidad y de su comunión con el Universo”. (1992, pp. 134-135).

Una racionalidad que suspende “la relación agresivo-posesiva de las cosas” preguntándoles por su ser, “la pregunta por el sentido y el porqué de lo que aparece y

⁴ A propósito de un homenaje a 10 años de su muerte, reflexión centrada en la dignidad del ser humano y sus derechos.

desaparece frente a nosotros”. (1992, p.135). Giannini en la actitud fundamental de la pregunta por el sentido de las cosas, se pregunta por el sentido de la convivencia, actitud que llama metafísica en el apéndice de *La experiencia moral* y que va a desarrollar ampliamente en su libro *La metafísica eres tú*. La pregunta por el sentido de lo que pasa, lo que nos pasa y “se oculta en el tiempo y en el espacio”, es una pregunta digna que otorga dignidad.

“...la decisión ética, que en verdad apunta al individuo o lo obliga esencialmente a él solo, tiene que ver, sin embargo, en su estructura íntima y esencial, con la vida de los otros: en cada decisión personal está en juego algo de la vida ajena. Vivir es, de modo radical, convivir” (1992, p.139).

Y podríamos decir que ese es un plano del asunto, porque también más allá de la decisión que se toma en conciencia y que compromete a una vida ajena, está el plano de las actitudes frente a otro que muchas veces puede estar regido por la dimensión inconsciente de nuestra psiquis, de los impulsos espontáneos, más allá de decisiones. Sin embargo, ambos planos se vinculan al orden del sentir, al afecto, a la afección: un sentir que cierra los significados posibles en los casos de indiferencia o rechazo (que puede estar determinado por una decisión o no) o un sentir abierto, que abre significados, en el caso del vínculo deseado (provisoria o permanentemente).

Podríamos decir que Giannini pensó cercanamente lo inestable, lo contingente, lo fragilizado, lo expuesto del individuo en el mundo, lo complejo del con-vivir. En su texto “Ética de la proximidad” se refiere a las “serias y odiosas dificultades” para pensarla (2001 p.14): una ética vinculada fundamentalmente a la convivencia. Pero, como bien decía Giannini, “Este ir y venir por territorios fantasmales, más allá de la presencia inmediata, insuficiente y trunca del presente, esto es el pensar” (1992, p.138). Y el desafío de pensar la proximidad y la distancia en el sentido ético, es algo que retorna permanentemente en los problemas de la cotidianidad, en el encuentro o desencuentro con los otros.

Humberto Giannini nos mostró cómo la experiencia del día a día no hace sino señalarnos la delicada y frágil relación con el otro con el que convivimos o nos relacionamos de manera cotidiana, tanto de modo circunstancial o de manera continua. Nos

hizo pensar en la posibilidad de la experiencia común y nos invitó a reflexionar el problema de que estamos permanentemente expuestos tanto a ofender como a recibir ofensa en los modos del hablar y del decir, o en las formas del silencio y de la ausencia, en las maneras de mirar y expresarnos; en los movimientos de la voluntad o de los impulsos en la comunicación con los demás, en los intercambios de ideas y en los posicionamientos de distinto orden, siempre mediados por las diversas perspectivas en que limitadamente estamos instalados, y que pueden ayudar al encuentro o dar lugar al desencuentro. Y es en este tipo de reflexiones donde podemos reconocer su palabra, su estilo de reflexión filosófica, su pasión sostenida por la comprensión de las complejidades de la intersubjetividad, que, podríamos decir, marca toda su obra. Su obra convoca a pensar algo antes (o en la dificultad) del con-vivir, aquello que no lo hace posible. Humberto pensó los bordes de la imposibilidad del con-vivir, reflexionando sobre las condiciones de su posibilidad.

Si quisiéramos situarnos fuera de los límites en que cada uno y cada una estamos instalados, y pensar en un fondo universal que hiciera posible la experiencia común sin condiciones o cortapisas, podríamos pensarnos como hebras donadas que hemos ido tejiendo en diversas formas, constituyendo subjetividades en medio de determinaciones múltiples y libertades singulares. Cada cual ha hecho lo suyo, ha podido tramar su propio capullo, su propia tela, su buena o mala tela, ha mostrado la hilacha y se ha hecho nudos. Más allá de las acciones, de los actos, en medio del azar y lo definitivo del acontecer, somos todos y todas intento de ser, y en ello podríamos reconocernos como cercanos, en la delgadez de la hebra y la completa exposición a la contingencia. Todos hijos de “los azares de la vida” (2007, p.53), y luego hijos cada cual de sus obras. Vistos así, podríamos pensar en una erótica política que nos ligaría más allá de nuestras diferencias, una experiencia de la convivencia im-posible, que nos hace saber de los cierres que ejecutamos permanentemente y que pudiéramos abrir asomando ese fondo común. Un lugar sin límites donde lo que se ha configurado como sentido estable se rompe, se disuelve, se diluye. En la desnudez de las significaciones, que adelgaza el enjuiciamiento, incluso el juicio. Encontrarse con los otros en lo abierto del sentir al otro y en el sentir del otro, que no es sino el sentir de nuestras propias hilachas, en deuda de proximidad.

Giannini, en *Reflexiones acerca de la convivencia humana*, considera a todo individuo como un absoluto, y la pregunta por lo que pueda significar eso, le hizo, dice “vivir con simpatía la vida cotidiana, vida en la cual el prójimo se aproxima con un nombre, con un rostro, con una intimidad que siempre se revela irreductible a la nuestra.” (1965, p.11) La pregunta por lo que significa el convivir más allá de la conveniencia lleva al pensador a la búsqueda de un absoluto empírico, lo común, que encuentra sus límites más allá de lo empírico. Lo común pareciera ser un a priori, y por tanto la aparición del otro ya sería como prójimo. Esto podría estar señalando una filosofía de esperanza en la extensión de los prójimos, junto con ser una reflexión de lo que se da en el espacio del vivir ante otros.

“La cotidianidad representa el ámbito en que las cosas adquieren un sentido, y no puramente instrumental, justamente porque en tal sentido le va el sentido al poder-ser del hombre” (1965, p. 23)

BIBLIOGRAFÍA

- Giannini, Humberto (1992) *La experiencia moral*. Santiago: Editorial Universitaria.
- (2007) *La metafísica eres tú*. Santiago: Editorial Catalonia.
- (1965) *Reflexiones acerca de la convivencia humana*. Santiago: Editorial Universitaria.
- (2001) “Ética de la proximidad”, en OREALC, *Análisis de prospectivas de la educación en la región de América Latina y el Caribe*. UNESCO.
- Montaigne, Michel de (ed. 2007), “Un niño monstruoso”, en *Ensayos. Libro II*. Barcelona: Acantilado.